

Trayectoria de un comunista incómodo

MONTSERRAT GALCERÁN

Catedrática emérita de la Universidad Complutense de Madrid, exconcejala del Ayuntamiento de Madrid en la candidatura de Ahora Madrid



RESUMEN: Este ensayo examina la trayectoria política de Manuel Sacristán como dirigente del PCE-PSUC (1956-1969), explorando la tensión entre su vocación intelectual y su compromiso militante. Tras analizar documentos clave (carta de dimisión de 1969, prólogo a Dubcek, textos universitarios), se reconstruyen tres ejes: 1) su liderazgo en la oposición antifranquista, destacando su papel en la Caputxinada y la creación del Sindicato Democrático de Estudiantes; 2) su ruptura con el PSUC por desacuerdos tácticos, criticando la «rutina analítica» y el burocratismo; y 3) su desencanto con la tradición comunista tras la invasión de Checoslovaquia (1968), donde veía un intento frustrado de «socialismo con rostro humano». La investigación revela cómo Sacristán interpretó estos fracasos como derrotas históricas del movimiento obrero, llevándolo a reorientar su activismo hacia una unidad del movimiento comunista con el ecologismo, feminismo y pacifismo en sus últimos años.

81

Sin desconocer la importancia de Manuel Sacristán como intelectual, lógico y filósofo, esta pequeña contribución va a centrarse en un aspecto concreto de su vida y de su práctica política: los más de diez años como dirigente y militante comunista, en el Partido comunista de España (PCE) y en la organización catalana (PSUC). Se trata de unos años clave en su biografía, no solo por la enorme cantidad de energía y tiempo que le dedicó y por sus éxitos como organizador y como cara visible de la organización, sino porque, en aras de su compromiso, declinó ofrecimientos que hubieran podido contribuir

positivamente a su actividad intelectual y promover su carrera académica. Aunque la historia terminara mal.

Sacristán se afilió al PCE y al PSUC en 1956, durante su periodo de estudios en Münster (Alemania). Es una circunstancia un tanto desconcertante. ¿Cómo se hace comunista un joven estudioso de lógica, con poco más de treinta años, que proviene de un país con una dictadura fascista y que anteriormente solo se había manifestado como un joven intelectual cercano al ala izquierda de Falange y buen lector del pensamiento español de la época: Ortega y Gasset, Unamuno...?¹

Sea lo que fuere, como resultado de esa primera ruptura con su pasado, el joven Sacristán, ya al final de su beca, vuelve a Barcelona convertido en un enérgico miembro del Comité Central del PSUC, posteriormente cooptado al Comité Ejecutivo del PCE. Allí empieza una militancia clandestina de más de diez años. En poco tiempo se convierte en la cara visible de los intelectuales comunistas y «compañeros de viaje» en una Barcelona muy viva culturalmente y con un fuerte núcleo intelectual antifranquista. Entre los éxitos de aquel periodo se encuentra, sin duda, la creación del Sindicato Democrático de Estudiantes, que en 1966 tuvo su acto público de constitución en una asamblea que se realizó en el convento de los Caputxins de Sarrià, la famosa Caputxinada. Ahí se congregaron, no solo decenas de estudiantes, sino lo más significativo de la intelectualidad del país, desde A. Tàpies, el pintor, a Pere Quart, el poeta; desde Rubió i Balaguer, el lingüista, al propio Manolo Sacristán.

Ese movimiento fue la prueba de que podía ponerse en pie un fuerte movimiento de masas —en este caso de estudiantes e intelectuales— bajo la égida del PSUC, pero con rasgos asamblearios y democráticos, poco dirigistas. El propio Sacristán escribió muchos de los textos emblemáticos, que luego se debatían y se votaban en asamblea, como el *Manifiesto por una Universidad democrática*. De esta época son también algunos otros textos sobre el lugar de la Universidad, como el muy debatido *Sobre la Universidad y la división del trabajo* (1969/1970) o el icónico *Sobre el lugar de la filosofía en los estudios superiores* (1968), que desató una increíble polémica.

Son textos muy polémicos y en ocasiones provocadores, dirigidos tanto contra las posiciones reaccionarias y fascistas como contra un vanguardismo de izquierdas que le parecía contraproducente. No hay que olvidar que el amplio movimiento español estudiantil del 66 se enganchó con el 68 europeo y se

¹ La afiliación de Sacristán a la organización juvenil de Falange está atestiguada, así como algunos de sus escritos en *Laye*, una revista cercana al falangismo de izquierda representado entre otros por Ridruejo. Por otra parte, él nunca lo negó. Ver entre otros: Capella, J. R., *La práctica de Manuel Sacristán*, Madrid, Trotta, 2005; Gracia, J., *La resistencia silenciosa: fascismo y cultura en España*, Barcelona, Anagrama, 2004, cit. por Giaime Pala en «El intelectual y el partido», en *El legado de un maestro*, Madrid, FIM/Ediciones de Intervención Cultural, 2006, p. 230. Asimismo *Integral Sacristán* (colección de 4 DVD), disco 1, Barcelona, El Viejo Topo, 2007.



radicalizó fuertemente en el ambiente de los primeros setenta. En ese momento Sacristán ya estaba en otro lugar. Y, sin embargo, durante largos años había desempeñado una labor ingente de contactos, organización y propaganda que había permitido crear una potente organización de intelectuales y estudiantes. Los abundantes documentos del archivo del PCE dan buena cuenta de ello.²

Ya desde mitad de los sesenta, Sacristán, entonces dirigente de la organización de los intelectuales en Barcelona, se queja de que la tarea política propia de los intelectuales, que no es otra que crear hegemonía política y cultural, está siendo dejada de lado tanto a nivel del movimiento comunista en general cuanto en el seno del Partido. A nivel general observa un estancamiento general en la cultura dominante en los países del Este, con repeticiones rituales de marxismo-leninismo que poco aportan a una comprensión cabal de la situación de la época, especialmente en el campo que para él era prioritario de la ciencia y de la técnica. A nivel del partido español, la organización de intelectuales se limita a intervenciones esporádicas e importantes en las acciones globales, pero no desarrolla una activa labor de creación cultural alternativa.

A eso se añade que, desde finales de los sesenta, parece como si se hubiera convencido de que el movimiento obrero había sido derrotado y con él, la propia tradición comunista. Lo manifestó sin ambages en una entrevista concedida en 1979 a *El Viejo Topo* y que no se publicó hasta 1995, diez años después de su muerte. Los editores del texto aducen que tal vez contara en su no publicación «el posible efecto desmovilizador que su lectura podía provocar en algunos sectores y entre algunos activistas de la izquierda».³ Cosa que muy posiblemente resulte acertada, pues en 1979, a pesar del propio 68 y de lo poco atractivo que era el presente de los países del este de Europa, no era habitual pensar que toda esa tradición era cosa del pasado. Y menos aún en nuestro país, donde Franco había muerto solo cuatro años antes.

En la entrevista, Sacristán indica que su «inhibición», como la llama, su «echarse a un lado», podríamos decir, se motivó entre otras cosas:

[...] por la pérdida de fe en el esquema político del momento en el movimiento obrero, particularmente en el movimiento comunista de los años 1964, 1965, 1966, 1967 y también 1968 (el 68 fue la traca final, claro). Luego, la generalización de todo esto: ver que tenía que perder la fe no solo en la coyuntura política del partido comunista sino en toda la tradición de la III Internacional, e incluso en la variante gramsciana.⁴

² Muchos de esos documentos se refieren a cuestiones internas del Partido. Son cartas o informes mandados a la dirección que dan una idea bastante precisa de cómo se comportaba la organización: problemas de propaganda, contactos con representantes de otras fuerzas, etc.

³ «Una conversación con Manuel Sacristán», en *De la Primavera de Praga al marxismo ecologista*, Madrid, Catarata, 2004, pp. 91 y ss.

⁴ *Ibid.*, p. 95.



Dicho sea entre paréntesis, nuestro autor, que había estudiado con detenimiento a Gramsci, consideraba que este era consciente de que la historia del movimiento obrero en los años treinta era la de una profunda derrota, «que el proceso histórico-político en el que había intervenido como protagonista se saldaba con una derrota total».⁵

Pues bien, ¿qué es lo que había sido derrotado? La esperanza, incluso si se quiere la fe, la convicción de que la clase obrera y su movimiento podía emprender con éxito una transformación social anticapitalista, una revolución que instaurara otra sociedad. La variante gramsciana le implicaba directamente puesto que él mismo, que había estudiado detenidamente a ese autor, se consideraba un «intelectual orgánico», es decir, un miembro intelectual de un partido que actuaba como agente de construcción de hegemonía cultural y política en el movimiento obrero y en el conjunto de la sociedad.⁶

Y ¿por qué había perdido esa convicción?, ¿qué había pasado en el 64, 65, 66, 67 y el 68, y dónde?, ¿en qué contexto se sitúa esa percepción de derrota?, ¿a dónde estaba mirando el autor?

En el caso de Gramsci parece bastante claro: la irrupción del fascismo y el fracaso de la Unión Soviética, no olvidemos los procesos de Moscú y su efecto. ¿Y en los años sesenta? Ahí hay que mirar hacia las experiencias en los países socialistas —entre otros Checoslovaquia— y sus intentos de crear un socialismo de «rostro humano» que marca como una especie de momento final. Lo cual no deja de ser también peculiar porque no olvidemos que los sesenta en España son los años de creación de CC. OO. y de un movimiento obrero potente, que interviene activamente en el final del franquismo, por lo que las reflexiones de Sacristán van un tanto a contracorriente y entran en conflicto con las esperanzas puestas en un futuro postfranquista por vía democrática, a pesar de que en 1979 ya se percibían los límites de la Transición. O tal vez haya que decir que ya ha constatado que, en el mejor de los casos, el futuro no podrá ir más allá de la puesta en marcha de un proyecto socialdemócrata de gama baja, lo cual, si bien ya era mucho en comparación con el régimen franquista, se quedaba muy corto frente a la idea de una revolución obrera comunista o una profundización en sentido socialista de la democracia. Nuestro país, como

⁵ *Ibid.*, p. 94.

⁶ El debate sobre la función de los intelectuales en el Partido había sido animado no solo por el eslogan de la «unidad de las fuerzas del trabajo y la cultura» que popularizó el PCE, sino también por la existencia de grupos de intelectuales de izquierda, que determinaron el auge de las publicaciones de izquierda en la época. Pensemos en la enorme actividad editorial del propio Sacristán en editoriales como Ariel, Grijalbo, posteriormente Akal, Icaria, La Catarata, algunas de las cuales llegan hasta hoy. Enzo Traverso señala que fue esa unidad entre intelectuales radicalizados y trabajadores manuales la que permitió el auge de los movimientos revolucionarios entre finales del siglo XIX y la primera mitad del XX. En la segunda mitad tenemos un ejemplo de ello en el operaísmo italiano.



en tantas otras ocasiones, estaba descolocado en el tablero mundial: retrasado en relación a las experiencias del Estado del bienestar en Europa, que aquí no habían tenido lugar, y adelantado en cuanto a la posibilidad de abrir la puerta a una democracia de otro tipo. También, como en tantas otras ocasiones, venció la primera opción, ponernos al paso de una Europa que ya empezaba a estar de vuelta de ese Estado del bienestar.

Pues bien, volviendo atrás, recordemos que en el 68 Sacristán había manifestado su adhesión al programa de los comunistas checos. El año 1968 está marcado no solo por el levantamiento de grandes masas estudiantiles y obreras en los grandes países de Europa y en otras zonas del planeta, sino también por la guerra de Vietnam, que seguía su curso, y especialmente por la invasión de Checoslovaquia, que marca un punto de inflexión. Para Sacristán ese acontecimiento es capital.

Como había puesto de manifiesto en el prólogo escrito al texto de Dubcek, *La vía checoslovaca al socialismo* (Barcelona, Ariel, 1968), el giro impuesto por este al Partido Comunista de Checoslovaquia, desde finales de 1967, era un intento de abrir el camino a la construcción de un socialismo más allá de la fase de acumulación de los anteriores veinte años. Checoslovaquia era el país más industrializado del orbe socialista, igual o por encima de la República Democrática Alemana, y contaba con una clase obrera madura. Durante los veinte años desde el final de la Segunda Guerra Mundial se había visto obligada a cumplir un papel en el marco del Comecon, la organización comercial de los países del Este, más de suministrador de bienes industriales que de *partner* igualitario, lo que había supuesto falta de incentivos a la modernización de las instalaciones y falta de ventajas para sus propias poblaciones. En este marco empobrecido por el burocratismo de los métodos soviéticos y el autoritarismo de su modelo de gobierno, los dirigentes checos proponían tomar seriamente en cuenta el descontento de la población y abrir la vía a un socialismo democrático; democrático no en el sentido de la mera democracia formal, sino a partir de una participación directa de los trabajadores en la vida pública: consejos obreros en las fábricas, un parlamento con capacidad de decisión, etc. Eso les parecía posible, pues ya se había superado la primera acumulación. Además, los intelectuales checos habían sido de los primeros en plantear las posibilidades que abrían las nuevas tecnologías científicas —por ejemplo en el famoso texto de Radovan Richta *La civilización en la encrucijada* (1966), muy avanzado para su época—. Richta, que jugó un importante papel en la Primavera de Praga, defendía que la incorporación de los avances científicos en la producción inauguraría una época de lo que se llamaba *socialismo con rostro humano*, un socialismo que ya no tendría que estar basado en la explotación de la fuerza de trabajo físico de los trabajadores, con cotas de esfuerzo muy altas, sino que podría redistribuir unos beneficios producidos por la cientifización y tecnificación de la producción.



En su comentario al programa de acción del Partido Comunista de Checoslovaquia (KSČ) —en aquel momento Chequia y Eslovaquia formaban una sola nación, de ahí el nombre—, Sacristán resalta dos cosas que vuelven sobre temas que le son queridos. En primer lugar, lo analiza como un «momento de verdad», como un momento en que el KSČ es capaz de abrirse a la realidad social, de hacer una auténtica autocrítica y de, por ese camino, llamando a las cosas por su nombre, esforzarse por marcar un rumbo nuevo que le permita conseguir una hegemonía real.

Las organizaciones sociales deben basarse en principios asociativos y en actividades verdaderamente voluntarias [cita del programa de acción del KSČ, abril de 1968]. Si se añade a eso, frente al parlamentarismo burgués simbolizable por la fórmula, políticamente censitaria, de la ley electoral francesa, la postulación de la autenticidad de las instancias representativas al final de párrafo citado, se tiene la sustancia del contenido explícito de la renovación checoslovaca.⁷



O sea, se trataba, o al menos así lo interpretó él, no solo de adoptar el sistema parlamentario burgués clásico sino de ampliarlo con elementos de «democracia económica». A lo cual añade, en un giro que no puede extrañarnos: «*decir la verdad es revolucionario*» (cursiva del autor), y aquí «verdad» supone ese momento de adecuación entre la situación socioeconómica y el discurso del Partido, en tanto que agente político de transformación. Como sabemos el proyecto resultó abortado por la invasión soviética.

¿Era realista pensar que los partidos comunistas de los países del este de Europa, tras décadas de estar en el poder con modos autoritarios, iban a mantener esa ligazón con sus poblaciones para dar una vuelta a sus propias formas de gobierno?, ¿no era más lógico pensar que reaccionarían como lo hicieron, dando muestras de un inmovilismo y oportunismo que acabó con el derrumbe de toda la zona en 1989? En ese momento Sacristán ya había muerto.

Su postura crítica frente a la actuación de los partidos comunistas ante la invasión de Checoslovaquia por las tropas soviéticas le valió algunas críticas entre sus propios compañeros. Entrañaba también problemas para la España postfranquista ya que, si el bloque del Oeste, o sea USA y la OTAN, dejaron hacer al Ejército soviético manteniendo inmaculada la lógica de división salida de los acuerdos de Yalta tras la Segunda Guerra Mundial, era de esperar que lo mismo ocurriría, aunque en sentido inverso, en el caso de que en España se abriera un periodo de puesta en cuestión del modelo occidental, como no paraban de repetir todos los que apuntaban por una salida reformista a la dictadura. USA y la UE no iban a permitir ninguna aventura.

⁷ «Cuatro notas a los documentos de abril del Partido Comunista de Checoslovaquia», *Panfletos y materiales*, tomo III, Barcelona, Icaria, 1985, p. 85.

Todo ello, unido a las discusiones sobre la calidad de las publicaciones y peleas internas en relación con la remodelación de las organizaciones de intelectuales, acabó de destruir su confianza en la organización comunista. Esa actitud se muestra con claridad en su carta de dimisión:

La política general del partido me sigue pareciendo buena. Su perspectiva en los problemas españoles es acertada, y su línea ante las graves cuestiones del movimiento comunista internacional me parece fruto de un esfuerzo valioso y casi sorprendente en un partido que se encuentra en las condiciones en que vive el nuestro [...]. La sensibilidad con que la dirección del Partido (mi impresión más precisa es: Santiago principalmente) ha reaccionado a los varios y complicados acontecimientos del año 1968 me parece también ejemplar.

Me preocupa, en cambio, un defecto que veo aumentar: mientras que el análisis a grandes rasgos en que se basa la orientación política general es bueno [...], en cambio, me parece que el Partido analiza cada vez menos y cada vez peor la situación concreta particular de los varios frentes de lucha o trabajo, y los acontecimientos que alteran esas situaciones [...]. En particular, la reacción del partido al estado de excepción y a la proclamación de Juan Carlos, [año 1968], así como el desgraciado uso no-leninista de la idea de «putrefacción», me parecen frutos lamentables de una rutina que renuncia al análisis [...]. Y creo que en la mayoría de los demás dirigentes esa rutina que repite fórmulas con honrado entusiasmo de cumplir, pero nada más, es situación natural y deseada. Con la rutinaria falta de análisis concreto empieza la degradación de nuestra política, degradación que se completa al pasar a la práctica, bajo el alcance de los organismos varios de dirección. La aplicación de nuestra política general, la instrumentación «táctica» de nuestra estrategia, me parece muy mala. Sobre todo en el PSUC, que es el reino de la autocrítica inútil; pero creo que también en el resto de España [...].

El modo como el núcleo dirigente del PSU de Cataluña, al que conozco ya algo, ha reaccionado a los problemas recientemente salidos a la superficie me quita cualquier esperanza de que ese grupo de hombres se pueda mejorar. Salvo aportación masiva (y, por lo tanto, hoy imposible) de miembros de las Juventudes no hechos a imagen y semejanza del núcleo, este solo asimilará (cooptará sólidamente) lo peor del Partido en algún sentido (o lo menos inteligente, o lo más hipócrita). No se trata de las limitaciones personales de los miembros del núcleo, aunque estas son a menudo verdaderamente excesivas para todo un partido comunista [...].

No me es posible seguir siendo solidario de esa concepción del dirigir y del aplicar una política. Como, además, ahora ya no me queda esperanza de que dentro del núcleo mismo se pueda dar batalla política alguna para mejorar su calidad, ni creo que se pueda ni se deba darla desde cualquier otra posición del partido en estas circunstancias (porque en clandestinidad el daño de la pugna sería sin ninguna duda mayor que la aleatoria ganancia del alejamiento de algún incapaz canalla), creo que debo seguir con la conducta que he decidido en enero, la cual se puede describir así: a) estar en la base del Partido, sin in-



tervenir más que en la discusión general de sus documentos, como cualquier militante sin responsabilidad particular alguna; b) olvidar lo más posible esos problemas internos que motivan mi dimisión.⁸

Sacristán daba por terminado su periodo de dirigente, pero no de militante. Continuó en la base del Partido durante casi diez años más. Y pasados los primeros años de duelo, enfocó su activismo hacia los movimientos nuevos que iban surgiendo. El año 1979 no es solo el de la entrevista antes comentada, es también la fecha de su intervención en las Jornadas de Ecología y Política de Murcia, que marca claramente el desplazamiento de sus preocupaciones.

En las páginas de *mientras tanto*, la revista que fundó a continuación, se muestran claramente: apoyo al feminismo, aunque fuera en una versión específica más cercana a las posiciones del Partido Comunista Italiano que a las que triunfaban en aquel momento en el propio feminismo español; introducción de lo que será el ecosocialismo, que pone en primer término los problemas derivados del deterioro de la naturaleza por el capitalismo; así como gran atención a las campañas por la paz con textos que resuenan a día de hoy y que, en cierta manera, resumen el fondo de su militancia comunista:

Hay que empezar por una autoafirmación moral: Saber que en medio de esta espantosa derrota material, de todos modos, lo que ofrecen quienes están rigiendo el cambio social en estos momentos no es más que la exacerbación de los horrores que estamos viendo, la exacerbación del hambre en el tercer mundo, del desarrollo de tecnologías destructoras en el planeta, etc., sin olvidar el punto del etcétera que más importa, a saber, la amenaza de guerra.⁹ ★

⁸ Carta de dimisión de Manuel Sacristán (1969; doc.60-1969, Cataluña 8, AH-PCE Carta de Ricardo), reproducida en Manzanera, M., *Teoría y práctica: la trayectoria intelectual de Manuel Sacristán* (tesis doctoral presentada en la UNED en 1993), p. 812 y ss. En una carta posterior (doc.104-1969, Catalunya 8, AH-PCE) Sacristán se disculpa por haber utilizado el término *canalla* en la carta citada (*ibid.*, p. 815).

El trabajo consta de dos partes: una primera siguiendo la trayectoria intelectual de Sacristán y una segunda con documentos. En los archivos tanto del PCE como del PSUC hay abundante documentación sobre las actividades de Sacristán durante esos años.

⁹ López Amal, S., y Vázquez Álvarez, I., *El legado de un maestro*, Madrid, FIM, 2007, p. 24.

